

2018

Prólogo (más tarde epílogo) a la antología de poesía bilingüe para niños de Irma Pineda, *Dos es mi Corazón*. Disponible en la página de ALas y Raíces.

Cuando Irma era muy niña, una red de callejones cruzaba los patios de la Séptima Sección de Juchitán; de modo que los pasos –polvorientos o lodosos según la estación– entraban hasta los corredores, o hasta donde las mujeres cocinaban bajo techados de palma y vigilaban, de reojo, a los niños –propios o ajenos– que jugaban en bandadas libres y ruidosas, como de zanates. Había perros y cochinos en las calles, muchos; todos sabían la vida de todos pero también entre ellos se cuidaban, se acompañaban, se entretenían. No había secretos, pero tampoco había alarma o contrariedad que no fuera compartida, a gritos, en zapoteco. Ahora, cercados todos los predios, ya no se cruza por aquella telaraña, se debe dar la vuelta en las esquinas y caminar un pavimento cacarizo donde el calor rebota y el agua se encharca. Por aquí –caminando mucho o en carreta, se llega al mar, por eso es barrio de pescadores. Los perros siguen cuidando en todos los patios, metiendo bulla a quienes pasan de noche: fantasma, persona, animal bueno o malo.

Irma Pineda creció allí; tenía tres años cuando nació su hermanito. Para que no se sintiera *chipi*, su padre le leía versos hasta que se dormía, así la consolaba. Víctor Yodo

era profesor, le gustaban los poetas españoles y además de dejarle este recuerdo y aquellos libros, la marcó con el arrullo y la cadencia de la poesía, metida con ellos en la hamaca.

En Juchitán, cuando un niño nace, se le dicen palabras para recibirlo en este mundo, para propiciarle un buen futuro —su ombligo se entierra y allí tiene su casa, el lugar a donde regresa siempre. Igual se les habla a quienes se van a vivir a otra parte, o a quienes se casan. Cuando una persona muere, también se le presenta, se le encamina con palabras para que pueda desprenderse de este mundo, para que pueda encontrar reposo nueve cuartas bajo tierra: así se le entrega y se le dice adiós. Nadie puede irse sin despedirse, si no su alma no sabrá por dónde enfilarse, no encontrará sosiego.

Cuando Irma tenía cuatro años, los soldados secuestraron a su padre ante muchos testigos, en el centro del pueblo. Era dirigente campesino y desde entonces se le considera desaparecido político —antes no eran tan comunes como ahora. El problema con los desaparecidos es que no están ni vivos ni muertos, no se les puede ofrendar, ni rezar o llorar sobre una tumba, no se puede uno consolar de su muerte porque siempre se cree que podrían aparecer, podrían regresar: se les espera siempre. Los deudos exigen que los regresen vivos —si se reconoce que están muertos, alguien debe hacerse responsable de su muerte. Y ni siquiera entonces se perdona ni se olvida: no sana la

ausencia de quienes faltan. Víctor Yodo tenía 35 años, jugaba beisbol, luchaba contra los caciques, enseñaba a los niños, disfrutaba de sus hijos tiernos.

El recuerdo de la voz de su padre leyéndole, su deseo de volver a escucharlo, la lectura de los libros que quedaron en la casa marcaron la vida y los textos de Irma. Mientras su abuela y su madre —también profesora— recorrían todas las cárceles y mil oficinas en busca del hijo y marido, Irma y su hermano pasaron muchas tardes en la Casa de la Cultura de Juchitán: iban a todas las clases y cursos, jugaban y leían allí. Había en el patio cercado un alcaraván —correcaminos, *bere lele* en zapoteco, por cómo canta— al que no lograron torcerle el pescuezo —como dice en su poema —, porque era muy grande, de cuello muy duro y corría más rápido que ellos. También había allí un lagarto —con él ni se metía. Con un grupo de niños, escondían los libros en algún rincón secreto para que no se los ganaran: hacían travesuras, quedaban a buen resguardo entre amigos solidarios porque los adultos tenían demasiados reclamos que atender; en la noche el custodio los llevaba hasta su casa cuando terminaba su jornada.

Ya jovencita Irma salió de Juchitán y, como otros tecos, apenas llegó a otra ciudad, —así se llaman los habitantes del pueblo— comenzó a añorar y a extrañar el clima, la lengua, la familia, la plaza, la fiesta, los conocidos. Es costumbre de los tecos llorar por su tierra cuando están

lejos de ella —hasta pareciera que se van nomás para recordarla como no será ni fue nunca, para componerla y reinventarla con flores, festejos, mar y comida: sabrosísima, de veraslo es. Pero extrañar enferma —por eso Irma tiene dos libros sobre la nostalgia: la de los ríos, la del mar y otro más sobre las manera de sanar en su tierra las enfermedades que no son ni de pastilla ni de inyección, sino males del alma: un especialista dice hermosísimas palabras con un ritmo especial, pega en elramea cuerpo con albahaca, 'llama al animal compañero perdido o lastimado por los caminos. Así se encomienda, se limpia y sana. De allí también el poder de la poesía de Irma: busca restañar las heridas, aún a sabiendas de que nunca se borran las cicatrices.

A pesar de su tristeza, Irma encontró fuera de Juchitán amor, amigos, trabajo, tuvoun unhijo que hoy es tan alto que topa siempre con los ramas bajas de los ciruelos. Y Escribió en zapoteco y en español: de su infancia y su gente, pero también de muchas otras cosas que conoció estando fuera. Por fin, volvió años más tarde y hoy vive del otro lado del río, en otra colonia, en dos lenguas. Pero no sólo escribe cosas tristes y denuncias que gritan indignadas desde sus poemas; también tiene otros libros con títulos de colores: *Rojo* para el amor encendido; *Verde* para los árboles y las plantas que le gustan —es capaz de tener enredos amorosos con los árboles, la comprendo perfectamente—; *Azul*, ante la injusticia sufrida por las

mujeres. Su poesía, sea en español y y en zapoteco, habla de todo esto y lo mezcla, lo canta, lo prodiga, lo transforma.

Hace muchos años, la madre y la abuela de Irma, para hacer visible la enormidad de su pena —como la de todos los que tienen desaparecidos en este país: demasiados, demasiados—, denunciaron, viajaron y gritaron, para que se viera lo que nadie quería ver. Era una forma de llamar a los ausentes para que salieran de donde están perdidas, como hacen los curanderos cuando le hablan al ánima herida. La poesía no puede hacerlos aparecer ni puede revivirlos: sólo evita que se pierdan en el olvido. El dolor no pasa, haberse dolido tanto no pasatampoco, pero la poesía permite, desde siempre, vivir junto al pesar y no dentro de él.

También los versos sirven —a quienes los escriben y a quienes los leen— cuando se intenta detener la felicidad o el amor, en esos momentos en que parece que las palabras no bastan. La poesía sirve para atajar las cosas más queridas, las más terribles, las más hondas: nombrándolas se les conserva cerca, o se les pierde el miedo, o de se les convierte en amuletos que nos permitan encontrar —con la claridad de un relámpago— trechos de la vereda que ya caminamos.